

GUBERN, Román

El eros electrónico

Madrid: Taurus, 2000, 225 p.

Que Román Gubern es el más internacional de los autores que ha dado la sufrida península Ibérica en el, por fortuna, difuso terreno que suponen los estudios de comunicación es algo fuera de toda discusión. Por lo tanto, enfrentarse a una nueva obra suya siempre supone un desafío añadido a la crítica de la obra de cualquier otro autor de nuestra comunidad científica: aquél que supone toda la obra publicada anteriormente por el autor, y más específicamente, la presencia social que ésta ha alcanzado. Simplificando quizás en exceso —perdone el lector— podría afirmarse que la obra ensayística de Román Gubern se divide principalmente en dos bloques: por un lado, el de los estudios de historia del cine (la mayor parte de ellos, al menos en los últimos tiempos, dedicados al cine español, un objeto de estudio que, finalmente, parece que comienza a ser tratado con la atención y los elementos teóricos necesarios); y, por otro, los trabajos que responden a una concepción más global del fenómeno comunicativo desde una vertiente humanística multidisciplinaria que apuntaría, principalmente, metodologías de la semiótica, la antropología, la sociología e incluso la biología, pasadas muchas veces por el tamiz del psicoanálisis o la crítica marxista, que tan importantes han sido para el desarrollo de algunas de las disciplinas apuntadas más arriba. Evidentemente, esta generalización no nos es útil para abordar las obras del autor en detalle, ya que ninguna de ellas se limita, en exclusiva, a una de estas dos alternativas —más bien al contrario, alguna, como sus recientes memorias (publicadas bajo el título de *Viaje de ida*), tienen muy difícil acomodo en ninguno de los dos—; pero sí resulta orientativa para

situar la cartografía general de sus trabajos y, más concretamente, de su último libro hasta el momento, *El eros electrónico*. No se puede afirmar que esta publicación cabalgue únicamente en uno de esos dos territorios, aunque, ciertamente, tiene más relación con el segundo que con el primero.

En realidad, *El eros electrónico* establece un vínculo muy evidente con algunas de las obras anteriores del autor. En concreto, parece que esta obra quiera situarse como una prolongación de aquel *El Simio informatizado* (premio Fundesco en 1987, no lo olvidemos), pero aderezada con elementos del discurso de, al menos, otros dos libros muy conocidos de su autor: *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas* (1989) y el más reciente, *Del bisonte a la realidad virtual* (1996). De hecho, los tres primeros capítulos de *El eros electrónico* («De la caverna a la electrónica», «La cultura del espectáculo», «El nuevo paisaje audiovisual») sirven para situar al lector en la «iconosfera contemporánea» (utilizando palabras del título de otra obra del propio Gubern) y para trazar los puentes necesarios entre aquello que el autor ya ha apuntado en trabajos anteriores y el discurso que establece en éste. Se desarrollan aquí las principales líneas sobre el efecto de socialización que suponen en un primer momento la radio y más tarde la televisión, o la funcionalidad erótica que supone el ritual de la música de baile en las discotecas (p. 19 y s.), pero también se llama la atención sobre el desequilibrio agudo que supone la hiperinflación informativa que ha supuesto la digitalización mediática (p. 68 y s). Las referencias a las obras anteriores del autor no se limitan a repetir los contenidos de aquéllas, sino que

establecen un valioso diálogo con las mismas que al lector iniciado en la obra de Gubern le podrá suponer un estímulo añadido, como cuando se afirma que «el voyeurismo es una respuesta biológica canónica y no una perversión, a menos que sustituya totalmente la interacción sexual personalizada con otros sujetos» (p. 175).

La impecable estructura narrativa de la obra, que nos lleva de esa iconosfera general, a la que se hacía alusión con anterioridad, a lo más concreto —el cibersexo, o «el eros cibernético», como el propio Gubern titula el penúltimo de los subcapítulos de la obra (dejando para el final, como buen humanista, el titulado «Razón y emoción») —, convierte a *El eros electrónico* en una obra de fácil acceso para cualquier lector, aunque no esté muy versado en las materias y disciplinas que en ella se abordan. A pesar de su aparente sencillez, el libro supone un atento (y nos atreveríamos a decir que desencantado, aunque sobre esto volveremos más tarde) análisis de su objeto de estudio desde diferentes perspectivas y teniendo siempre en cuenta no sólo sus posibles ramificaciones, sino también los terrenos en los que se alimentan sus raíces. En su recorrido por las implicaciones emocionales, culturales y comunicacionales de la nueva sociedad postindustrial, Román Gubern nos invita igualmente a reconocer una tipología del *hacker*: «suelen llevar gafas, por su gran dependencia de la pantalla; son pálidos, por la falta de sol motivada por su reclusión, y obesos, por su asidua ingestión de *fast food* y falta de ejercicio físico. Y, sobre todo, es un sujeto asexuado, porque ha sublimado toda su energía libidinal en su único interés, pues su único placer radica en el *hacking*» (p. 132); como sitúa los orígenes psicológicos del cine porno, nacido «como sublevación contra la censura metafórica» (p. 179); o nos coloca en uno de los dilemas morales que plantea la repro-

ducción (y manipulación) digital, aquél que se formaliza según el falsificador Elmyr d'Hory (inmortalizado por Orson Welles en su film-ensayo *Fake*, 1973) en que «cuando los expertos y el mercado trataban a un falso Picasso o a un falso Matisse como si fuesen auténticos, de hecho eran auténticos» (p. 193). Al manejar semejante volumen de referencias, en ocasiones el autor realiza algunas rotundas afirmaciones que podrían dar pie a discusiones teóricas e, incluso, históricas, como cuando se limita a los perversos efectos de la televisión el hecho de que el cine haya «acabado por adoptar la perezosa y conservadora forma de serialización llamada *secuelas* (*sequels*), como ocurre con las series de *Batman*, *Indiana Jones*, etc.» (p. 33). En realidad la serialización es algo que ha acompañado al cine a lo largo de toda su historia (como pone de relieve el propio Gubern en una de sus obras más conocidas, su *Historia del cine*), sólo hace falta recordar nombres como los de Pearl White, Tartzán o el mismo Charlot para comprobar que así ha sido.

Por último, y acudiendo a la socorrida dicotomía que planteó en su momento Umberto Eco entre apocalípticos e integrados, deberíamos concluir que el texto de Gubern rezuma un pesimismo que lo aproximaría más a la primera categoría. Aunque el texto está plagado de análisis que plantean la paradoja del hombre aislado en la era de la comunicación, quizá sea el párrafo que cierra el libro el más rotundo en este sentido: «Por eso hay que afirmar una vez más, en el umbral del que se anuncia como el siglo de la RV, que el destino cardinal del ser humano es el de interactuar emocionalmente con el mundo viviente que le rodea y no con los fantasmas que habitan dentro de su cabeza» (p. 219). Y es a partir de una clausura tan contundente de donde se puede extraer una de las conclusiones más lúcidas del libro (al menos la pueden extraer aquéllos que se dedican —nos dedica-

mos— a la formación universitaria en carreras como comunicación audiovisual, periodismo o publicidad, de las que tienen que surgir los nuevos ideólogos de esa sociedad que se anuncia), conclusión que también se podría resumir en una de las sentencias del libro de Gubern: «Hay que recordar que enseñar es, antes que

nada, enseñar criterios de discriminación, de búsqueda y de selección de la información» (p. 135).

Josetxo Cerdán

Universitat Autònoma de Barcelona
 Departament de Comunicació
 Audiovisual i Publicitat

DE PABLOS, José Manuel

Infoperiodismo. El periodista como creador de infografía

Madrid: Editorial Síntesis, 1999, 238 p.

La reciente aparición de este interesante y primer libro editado en castellano sobre el infoperiodismo nos permite exponer una reflexión sobre esta obra en sus aspectos formales y de contenido, obra que pretende satisfacer el conocimiento de esta forma visual más utilizada en esta época de eclosión informática moderna, en la comunicación de informaciones diversas.

Se trata de una obra importante, única en su género y novedosa, de las que son esenciales como libro de texto de la docencia y como referencia bibliográfica que será consultada y utilizada por su valor. Esta obra aporta multitud de datos, infografías e imágenes que nos dan mucha información desconocida y también visual en consonancia con el tema. Aporta una buena bibliografía y una gran cantidad de material muy bien reseñado, que puede ser un estímulo para el comienzo de posteriores investigaciones.

El infoperiodismo y su producto por excelencia, que es la infografía, circunscrita básicamente a la que aparece en periódicos y revistas, es considerada por el autor como una de las mejores herramientas para desarrollar y favorecer la supervivencia de la tan traída y llevada crisis de la prensa escrita. Por ello, parece que los profesionales y lectores tienen que ir cada vez más acostumbrándose a este elemento de la cultura visual que, poco a poco, se va imponiendo en estos medios.

No se considera como antaño un tapanuecos y, por suerte, se está introduciendo en los grandes y exitosos medios impresos, y también está ayudando a desplazar muy lentamente la clásica concepción de un periodismo exclusivamente literario que básicamente leen de forma minoritaria los más acostumbrados o los que tienen más tiempo, que no es la mayoría de los que compran el periódico precisamente.

En la actualidad, lejos de apostar por el logocentrismo existente en la prensa hasta los años setenta, la práctica totalidad de los periódicos está evolucionando hacia aportaciones comunicativas más visuales, entre las que destaca por su novedad la infografía. El autor demuestra mediante un estudio que la visualidad que proporciona la infografía no es únicamente una cuestión estética, sino que también permite un mayor recuerdo de las informaciones.

Las páginas tipográficas clásicas están evolucionando hacia otras combinadas con infografías, fotografías o ilustraciones, pero el problema no es formal sino periodístico, y se debe hablar de la transferencia visual de información que estos medios proporcionan a los lectores. (El autor se refiere únicamente con formas dibujadas no fotográficas. La transferencia visual de la infografía queda probada mediante el experimento del capítulo 11.)